

P.- Como ya sabes, algunos creen que las estructuras de una lengua condicionan la estructura del pensamiento y, por tanto, determinan en cierto modo la acción.

Z.- En suma, existen diversos “tipos” de humanidad. ¿No es esto algo exagerado?

P.- Así me parece, aunque tampoco debemos rechazar absolutamente que la idea tenga algunas *porciúnculas* (¡traga esa palabreja!) de verdad. Pero – insisto - solamente en aspectos parciales.

Z.- ¿Podemos hablar de lenguas superiores a otras?

P.- Las avestruces nos superan corriendo, el delfín nada mejor. Nosotros resolvemos raíces cuadradas. La ventaja depende de aquello que se quiera comparar.

Z.- Pero se me ocurre una hipótesis: los clanes de la prehistoria que han desarrollado un lenguaje más amplio y eficaz alcanzan una civilización superior.

P.- Tal vez, pero estamos hablando de lenguas “ya” desarrolladas. O dicho de otro modo: lenguas que tienen a sus espaldas miles de siglos. No es cierto que las lenguas “actuales” de los pueblos primitivos modernos sean más sencillas que las nuestras. Un yanomani no utiliza un instrumento verbal inferior a un finlandés. A veces, vistas desde nuestra perspectiva, estas lenguas incluso son más complejas.

P.- Puedes darme un ejemplo.

Z.- En una lengua africana se dicen antes en una frase todos los elementos gramaticales y, después, aquellos que poseen un contenido, las ideas. Si queremos decir: “la niña come una manzana del árbol”, dicha lengua diría primero: “la-una-del” y, más tarde, “come-niña-manzana-árbol”. Vendría a ser como una operación matemática en la que se extraen los términos equivalentes.

Z.- Si te parece quisiera poner frente a frente la lengua inglesa y nuestra

lengua. Yo supongo que, dejando de lado el chauvinismo, el resultado será *fifty-fifty*.

P.- En el inglés “actual” - subrayo lo de “actual”- los artículos “un, una” se concentran en la forma “a” (el artículo “an” solamente se debe a razones eufónicas para evitar la conjunción con otra vocal). De ese modo se dice “a book” y “a house”. ¿Es esto una ganancia?

Z.- Ya sé que el género gramatical no es una categoría que se identifique con el género sexual. Atribuir a las cosas una cualidad biológica puede ser el residuo de un pensamiento “animista” en la lengua recibida de nuestros antepasados.

P.- Ciertamente, y además ese género sexual dado a las cosas es evidentemente arbitrario. En alemán “luna” es masculino y “sol” es femenino. Ahora bien, junto al género natural ha existido ya en el indoeuropeo un género neutro. Pero, volviendo a la lengua inglesa, la unificación de los dos sexos “un, una” es un recurso que aligera la gramática y la hace más sencilla para un extranjero. ¿Se dice “un noche”, “una coche”? Es más claro “a car”, “a night”,

Z.- Comprendo que, si bien el morfema “cero” de “un” y el morfema femenino “a” de “una”, son una regla general, no por eso dejan de tener sus excepciones: “un poeta”, “un águila”, “una nao”, “una mano”, etc. No hace falta distinguir un género en las cosas. Esto es superfluo. El artículo “a” es en inglés invariable.

P.- Ahora bien, el inglés, ventajoso por un lado, tiene un punto débil por otro. Cuando se dice “a dog” no sabemos si es perro o perra. Hace falta precisar añadiendo “male” o “femelle”, macho o hembra.

Z.- Tampoco nosotros decimos “jirafa” o “cebra” haciendo mención al sexo. No hay un “jirafó” ni un “cebro”. Y otro tanto podría decirse de “avestruz”, “tortuga”, “pantera”, “ballena”, etc.

P.- Tienes razón en eso. Pero fíjate en una cosa: “perro”, “gato”, “gallo”, (gallina) “toro” (vaca), “ternera”, “oveja” (carnero), “cabra” (no digo el masculino), “cerdo”, “pavo”, “burro”, “caballo” (yegua). Estos nombres citados tienen un morfema de género que los identifica como machos o hembras y, además, todos ellos designan animales domésticos.

Z.- No me sirve tu ejemplo. Tenemos “leona”, “tigresa”, “elefanta”, “ratón”, “rata”, “mosquito”, etc. ¿Dirás que son animales domésticos?

P.- Claro que no. Quizás se puede pensar que el género biológico o natural es más necesario cuando los atributos sexuales son visibles y podemos observar el apareamiento. No vemos esto en un gorrión o una calandria y, cuando hablamos de “el pino” y de “la haya”, el género es prescindible.

Z.- Me parece que, aunque sea por la mínima, el inglés nos supera en este punto reduciendo dos formas distintas en una sola.

P.- Hablemos ahora del artículo “the”. Esta partícula vale como nuestros “el, la, los, las”. Tal vez puede decirse aquí lo mismo que lo dicho en el artículo “a”. “The car” y “the house” no requieren la expresión de un género. Y en el plural “the cars” y “the houses” la expresión del número viene señalada por el morfema “s”. Cuando la palabra acaba en consonante el plural se expresa con “es”: “books”, “buses”, etc.

Z.- Es la misma regla que en español.

P.- Sí, pero con la diferencia de que el inglés tiene varias excepciones o correcciones a dicha regla. El nombre “man” (hombre) se hace plural con una alternancia vocálica: “men” (hombres). Y de “foot” (pie) tenemos “feet” (pies). En español la regla es fija (acaso expresiones como “los García”, con un sentido colectivo, sean la única excepción).

Z.- Entonces podemos decir que nuestra lengua ha empatado.

P.- En cuanto al sustantivo, el inglés hace una importante distinción: los nombres que pueden contarse y aquellos otros que no pueden hacerlo.

Z.- Muy propio de un país de tenderos.

P. No siempre la cosa es tan fácil. Por supuesto, las libras esterlinas, y los bancos donde meten el dinero los comerciantes burgueses, son nombres “contables”. Y no lo es la “felicidad” (aunque sea la frase de Bentham: “la mayor felicidad para el mayor número de personas”)

Z.- ¿Por qué dices que la cosa no es tan fácil?

P.- Cosas como la leche y el pan no son contables. Debe precisarse “una botella de leche”, “un kilo de pan”, etc.

Z.- Me parece que estos ingleses tienen ciertos problemas con los continentales en cuanto a las unidades de medida. Nosotros daríamos por sentado que tales cosas se pueden contar: un pan, dos panes, medio pan, etc. ¿No es el mismo caso que “orange”, nombre contable?

P.- Esta distinción crea al extranjero que aprende inglés una dificultad parecida a la de conducir en coche por la izquierda o bien convertir yardas en kilómetros.

Z.- No me parece bastante eficaz dicha distinción, digna de los auditores de una empresa mercantil.

P.- Tú has indicado que los ingleses han destacado en el comercio. Pues bien, en la filosofía han optado por el empirismo y en la política por el pragmatismo. Esto es un hecho, pero no debemos sacar de allí una consecuencia psicológica. Ten en cuenta que estos contables insulares meten el dinero (money) en la columna de nombres “incontables”. ¿Hay alguna cosa más absurda?

Z.- Vamos ahora a los adjetivos.

P.- Como en los artículos, el adjetivo es también invariable. Decimos “good boy” y “good girl”. Esta es una ventaja clara del inglés: la cualidad es aplicable directamente al nombre. No importa que un submarino sea “yellow” o que lo sea un “book”. El color no cambia, es independiente del sustantivo al que acompaña. La concordancia es aquí un doblete que lastra la gramática. No añade ningún valor a la frase.

Z.- ¿Qué puedes decir del verbo?

P.- Como en español el verbos “ser”, el inglés “to be” es muy importante. Pero encuentro una diferencia: ciertos verbos ingleses pueden contraerse en el habla informal: “you're” en lugar de “you are”.

Z.- ¿Te parece mal?

P.- Las contracciones son positivas cuando pretenden aligerar la lengua de elementos sucesivos concentrados moleestamente en una sola forma: “al” y “del”. Sin embargo, el inglés establece aquí en este caso una doble posibilidad: hablar correctamente o hablar “en pijama y con pantuflas”, para darnos a entender.

Z.- ¿Y?

P.- Si la contracción se mantiene como forma única, eliminamos entonces un doblete que no es necesario. Pero si mantenemos la forma correcta obligamos con ello a la lengua a no descuidarse. Los cambios, aunque no siempre sean negativos, se fundan casi siempre en la relajación, en la flojera. Una incorrección permitida en un ámbito puede extenderse hasta convertirse en la norma general.

Z.- Esto no es siempre malo. En francés ya se escucha “je sais pas” suprimiendo “ne”.

P.- Es verdad, pero ¿qué pensarías si dijésemos “*m’entienes, t’escucho, he jugao, aónde vas,*” etc.?

Z.- Las últimas palabras me parecen vulgares, pero las primeras, desde un punto de vista fonético, no lo son tanto. Nadie pronuncia “te escucho” con dos e sino con una sola e más larga. La silabación sería “tes-cu-cho”.

P.- Es cierto que la escritura se sobrepone en este caso al oído. Otras lenguas como el catalán aceptan el apóstrofo: “l’aigua”, etc.

Z.- Estábamos con el verbo “ser”. “To be or not be”.

P.- Como sucede con el francés “être” el verbo “to be” expresa dos verbos españoles: ser y estar. Nosotros distinguimos una frase como “Yo soy enfermo del riñón” de otra que diga “yo estoy enfermo del riñón”. El verbo *ser* nos indica que la enfermedad es crónica; el verbo *estar* señala que el mal es temporal, pasajero.

Z.- Puesto que el inglés no puede hacer este distingo, demos a nuestra lengua un tanto más.

P.- Quedemos aquí por ahora.

P.- Los verbos ingleses llevan en la frente su marca, la partícula “to”; el español coloca tres marcas en el final del verbo: las conjugaciones ar, er, ir. Como dichas conjugaciones son fácilmente reconocibles no parece que el español esté por debajo del inglés.

Z.- Pero el presente de “to be” es más sencillo en inglés.

P.- Es cierto. En español cada pronombre tiene una forma verbal distinta, seis en total. El inglés sólo tiene tres y, además, “are” se repite en cuatro ocasiones.

Z.- ¿Y la forma negativa?

P.- En español “el no va por delante”. Si yo digo “no estoy” esa negación no tiene vuelta de hoja. El visitante, tal vez importuno, no acude. Pero veamos cómo lo diría un inglés: “I am...not”. Nuestro *gentleman* tendría unos pocos segundos para decidir si quiere o no aceptar la cita.

Z.- ¿Es el pasado de “to be” mejor que el nuestro.

P.- También el número de formas en inglés es menor que en español: was y were. Sin embargo, como en nuestra lengua antes de las desinencias aparece siempre “era” (eras, éramos, erais etc.) la irregularidad no es tan gravosa. Pero aquí el español tiene una ventaja sobre el inglés: La forma “I was” reúne el tiempo imperfecto (yo era, yo estaba) y el indefinido (yo fui). En este caso la unificación no parece una ganancia sino una pérdida.

Z.- Esa pérdida se compensa con el hecho de que “haber” (“to have” es también tener) tiene una sola forma “had” para el pasado y dos para el presente siendo “have” la forma normal y “has” solo en la tercera persona singular.

P.- En lo que respecta al futuro formado con “shall” y “will” y al condicional “should” y “would” también podemos decir algo similar a los

demás verbos ingleses. Si yo digo “trabajamos” o “trabajan” el hablante español, reconociendo las desinencias, evoca inmediatamente los pronombres “nosotros” y “ellos”; pero si digo “work” no entiendo nada hasta que no añada los pronombres “we” y “they”. ¿Qué es mejor?

Z.- Me parece que un sistema es más eficaz cuando puede expresar lo mismo con un menor número de recursos.

P.- En ese sentido el verbo inglés es más ágil, aunque esa ligereza la consigue en ocasiones reduciendo a la unidad tiempos que nosotros diferenciamos. No es lo mismo un pretérito imperfecto (estuve) que un imperfecto (estaba).

Z.- Veo muchas veces los verbos ingleses acabados en “ing”

P.- Esa terminación corresponde a nuestro gerundio. El indoeuropeo, y algunas lenguas actuales, conceden más importancia al aspecto, la duración, que al tiempo. No se trata tanto de sabe el momento en que sucede una acción como si está se ve acabada o en desarrollo. Al decir “está lloviendo” se añade un matiz de continuidad que no posee el presente “llueve”.

Z.- De modo que expresiones como “I am working”, “She was sleeping”, etc. también existen en el español.

P.- Sí, pero en mucho menor grado. No me parece que aquí se apunte un tanto ninguna lengua por una cuestión de más o menos. Y para terminar con los verbos, déjame sacarme una espinita: “to gep” es en inglés un auténtico comodín, la verdadera pesadilla de quienes quieren aprender inglés, Tanto vale para un un roto como para un descosido.

Z.- Yo lo he sufrido igualmente. ¿Y qué me dices ahora de los posesivos?

P.- Pues que aquí no salimos muy bien parados. En español, “mi libro” y “mis libros”, la idea de plural ya está en la s del nombre. En inglés basta decir “my”, una forma seguida del singular o del plural. Y en las demás personas sucede lo mismo: reducir cuanto se pueda. Solamente hay una forma en español que corresponde a varias inglesas, y precisamente, esta vuelta de la tortilla no es para bien.

Z.- ¿Y cuál es?

P.- Si yo te diga que esa es “su” casa ¿a quién me refiero? ¿A él, a ella, a ellos? En inglés se distingue his, her, they.

Z.- ¿Y en este terreno no ganamos nada?

P.- Tal vez la confusión de “tú”, “vosotros”, “usted” o “ustedes”, algo que saben bien los hispanoamericanos. Ese lío les obliga a usar ciertas formalidades como Sir, lady, Mr., Miss o rebajar el tuteo agresivo propio de los jóvenes con formas verbales de cortesía, como cuando nosotros decimos “quería un café” en lugar de “quiero un café.

Z.- Demos un paso más, tomemos cierta distancia.

P.- ¿Quieres hablar de los demostrativos, las partículas que nos indican la distancia existente entre nosotros y las cosas?

Z.- Desembucha.

P.- Aquí tenemos ventaja sobre el inglés. Nosotros tenemos tres posiciones: este (cerca), ese (medio) y aquel (lejos). Cada forma con su respectivo femenino y su plural.

Z.- ¿Y en qué ganamos?

P.- El inglés sólo posee dos formas: this (este) y that (ese, aquel). Por supuesto, con sus plurales. En suma, carece de una distancia mediana y todo lo distribuye en un primer plano que destaca sobre un fondo.

Z.- Bien que ganemos aquí; pero nos encontramos otra vez con la inútil diferencia de género: “este libro”, “esta casa” se diría en inglés con la única forma “this”. Sólo cuenta el número.

P.- Sí, esa es una característica del inglés: deshacerse de los michelines de su lengua.

Z.- Me parece que hemos hablado mucho de gramática y muy poco o nada de los fonemas.

P.- Ninguna lengua es superior a otra en lo que se refiere al material sonoro usado. Cada hablante tiene los hábitos articulatorios propios de su idioma nativo. Quienes hablan una lengua extraña experimentan un cierto cansancio debido a una pronunciación “forzada”.

Z.- Tal vez el sistema fonético del inglés sea tan bueno como el de cualquier otra lengua. Sin embargo, su escritura es muy inferior a la nuestra.

P.- Esto se debe a que los ingleses han tomado un abecedario latino que no corresponde a sus sonidos. Se podría decir que las palabras son como unos zapatos que se introducen con un calzador.

Z.- Estoy de acuerdo en que ninguna lengua vale más que otra en cuanto a la expresión de ideas o sentimientos; pero ¿no suenan unas bien y otras mal?

P.- Cada pueblo tiene su “música”, sus canciones, su acento. La percepción que tenemos sobre otras lenguas depende de nuestro oído. El italiano, abundante en “íes” del plural masculino, nos parecen cantarín, ideal para óperas; el francés, con sus sibilantes sonoras y sus nasales, nos hace la impresión de alguien que hablase con una cuchara de miel en la boca; el alemán, con sus largas palabras aglutinando sentidos y su abundancia aparente de grupos consonánticos, recuerda el martilleo de la fragua y el paso de oca de las tropas prusianas. Las lenguas de los negros africanos, con sus oclusivas fuertes, traen a la mente labios belfos, carnosos, y música de tam-tam- Claro está que todo esto es solamente subjetivo.

Z.- ¿Y el inglés?

P.- Well...I dont´know. El inglés, aunque en menor medida que el alemán, tiene también un ataque abrupto de las vocales.

Z.- ¿Y qué es eso?

P.- Las lenguas germánicas, y el inglés es una de ellas, tienen una rápida apertura de la glotis con una fuerte vibración de las cuerdas vocálicas desde el inicio. Nuestra lengua, como otras románicas, tiene un ataque suave de las vocales. Las cuerdas comienzan a vibrar suavemente. Un

ejemplo puede aclararlo.

Z.- Pues ya estás tardando en contarlo.

P.- Piensa en un hombre que ve salir el sol en el amanecer. De un modo paulatino, mediante variaciones apenas perceptibles, pasa de la noche al día. Esto es el ataque suave de las vocales, el nuestro.

Z.- Y el ataque abrupto del inglés y del alemán?

P.- Se puede comparar a una habitación cerrada y a oscuras en plena luz del día. Y, entonces, se corre la cortina dejando que la luz llene toda la habitación de un golpe. Esto es el ataque abrupto y ésta es la razón por la cuál el alemán nos parece fuerte, violento ( a mí me haría reír un discurso de Hitler dado por un gaditano).

Z.- ¿Tienes algo más que observar sobre los sonidos?

P.- Fíjate en una frase inglesa y su traducción al español. Pues bien, te aseguro que tres de cada cuatro veces el español suma más sílabas que el inglés. En esta lengua las palabras trisílabas suelen ser préstamos del latín a menudo introducidos a través del francés.

Z.- ¿Y qué consecuencias sacas?

P.- Si yo digo “red” o “with” en inglés, solamente tengo un cartucho para disparar. Con un monosílabo se acierta o se falla. Pero un inglés puede decir “carretora” en lugar de “carretera” con la seguridad de que tiene varias tiradas para hacerse comprender, si no encuentra alguien con el oído tan cerrado a lo ajeno como el oído de un británico.

Z.- De manera que el inglés tiene muchos más monosílabos que el español. Por tanto, se habla con un ritmo más rápido.

P.- O más lento, paladeando las palabras como un actor que declama. Pero esto de hablar lento o rápido depende, además de la lengua, del hablante. Y lo mismo puede decirse de la escritura.

Z.- Un momento, no estoy de acuerdo en que teclear en el ordenador una frase inglesa de quince letras empleé el mismo tiempo que dicha frase

traducida al español, que puede tener veinticinco.

P.- Acepto la objeción. Y, puesto que me hablas de los textos escritos, se deduce que un libro español consume más tinta y tiene más páginas que el mismo libro traducido al inglés. Por supuesto, los libros ingleses no son más baratos. El lector gana tiempo en la lectura y el editor se beneficia con ello. Como dicen los ingleses “the time is money”.

Z.- Y mañana volveremos...

### 3

P.- Hemos analizado la lengua más hablada en el mundo. ¿Te apetece echar un vistazo a otra lengua chiquita, arrinconada en una pequeña región entre el mar y las montañas?

Z.- Me gustaría? ¿Cuál es?

P.- El vascuence o, si prefieres, el euskera.

Z.- Como no es lengua romance, no hay quien lo entienda por mucho que se estire la oreja.

P.- Ciertamente, el vasco no es una lengua indoeuropea. Se trata de una lengua aislada; es decir, sin parentesco conocido. Ahora bien, en esta misma situación se hallan más de un centenar largo de idiomas repartidos por todo el mundo.

Z.- En suma, no se puede presumir ni sacar pecho diciendo es de “Toda la Galia está vencida...menos un pequeño poblado, que resiste, etc.”

P.- Las lenguas aisladas conocidas pueden ser desde una lengua africana desaparecida recientemente al morir sus últimos hablantes hasta la lengua de un país tan poderoso y poblado como Japón.

Z.- Comencemos con la faena.

P.- El vasco no tiene género en los artículos, pero sí el número. El artículo definido se forma colocando una a final al nombre y una k para el plural: etxea, la casa; etxeak, las casas. Como puedes ver coincidimos en situar el morfema plural, s o k, en el final de la palabra. El mismo perro con distinto collar.

Z.- ¿Y el artículo indeterminado?

P.- Algo similar. No hay género y al final se pone bat (uno, una) y batzuk (unos, unas).

Z.- ¿Qué es mejor? ¿Antes o después?

P.- Si lanzas una moneda al aire la mitad será cara y la otra cruz. No hay más razón para poner el artículo delante o detrás. El rumano, que es lengua latina, pone el artículo al final (aunque sea el único ejemplo en los idiomas romances).

Z.- Me parece que no ves con buenos ojos la desaparición del género en el inglés y en el vasco.

P.- Cuando se trata de una categoría gramatical que opone cosas de modo arbitrario es una ganancia de la lengua ¿Por qué decir “la casa” y “el edificio”? Pero con las personas y los animales sucede distinto.

Z.- Pero tenemos muchas formas que no se distinguen por el morfema: hombre, mujer; padre, madre (si no se considera aquí la primera vocal como forma analógica).

P.- Sin embargo, el vascuence no distingue los pronombres “él/ella”, “nosotros/nosotras”, “vosotros/ vosotras”, “ellos/ellas”. Si quiere señalar el género debe recurrir a otros recursos.

Z.- Concedo que esto es un punto flaco.

P.- Además, si comparas las formas del verbo “estar” en presente, verás que en español son más fáciles para la memoria que en el eusquera (nago, zaude, dago, gaude, zaudete, daude). Tienen la suficiente apariencia de ser regulares mientras embrollan la mente con sus semejanzas..

Z.- Me parece que en esta comparación de nuestra lengua con el eusquera quieres pasar en volandas.

P.- ¿Se me nota? Solamente quiero realizar algunas pinceladas. Fíjate que en la numeración tanto las lenguas romances y germánicas coinciden con una lengua no indoeuropea en el mismo principio: usar la base diez seguida del numeral correspondiente. Así, *diecisiete* equivale a “hamazazpi”, literalmente “diez (hama) y siete (zazpi). El uso de los diez dedos de la mano explica el cálculo numérico. Un procedimiento universal.

Z.- Pero como en el francés “quatre vingt quatre” (cuatro veces veinte y cuatro.)”también se usa entre el sesenta y el noventa y nueve múltiplos de veinte.

P.- Ya ves, existe una coincidencia pero no sabría explicar la razón. Curiosamente en países de lengua francesa se puntúa las notaciones escolares sobre un máximo de veinte.

Z.- Veo que estás incómodo en esta charla. ¿Quieres añadir algo más?

P.- Bien, la primera impresión que se tiene al escuchar el vasco es la de una lengua abrupta, dura como el alemán. Claro está que todo juicio depende de valor subjetivo de nuestra perspectiva como hablantes de otra lengua. Ahora bien, una cosa es evidente para un lingüista: el vasco es una lengua aglutinante en un grado bastante mayor de lo que puede ser el español. Y con esto, al corral que no vale un real.

Pablo Galindo Arlés  
17 de octubre de 2016

